

EL PARECER DEL SEÑOR MARQUÉS

Juan RODRÍGUEZ GARAT



(Retirado)

Cierto que el apellidarse una galera de un modo o de otro no la torna invencible, pero si el nombre es autorizado y de gloria levanta el ánimo de la gente y la fuerza a grandes cosas.

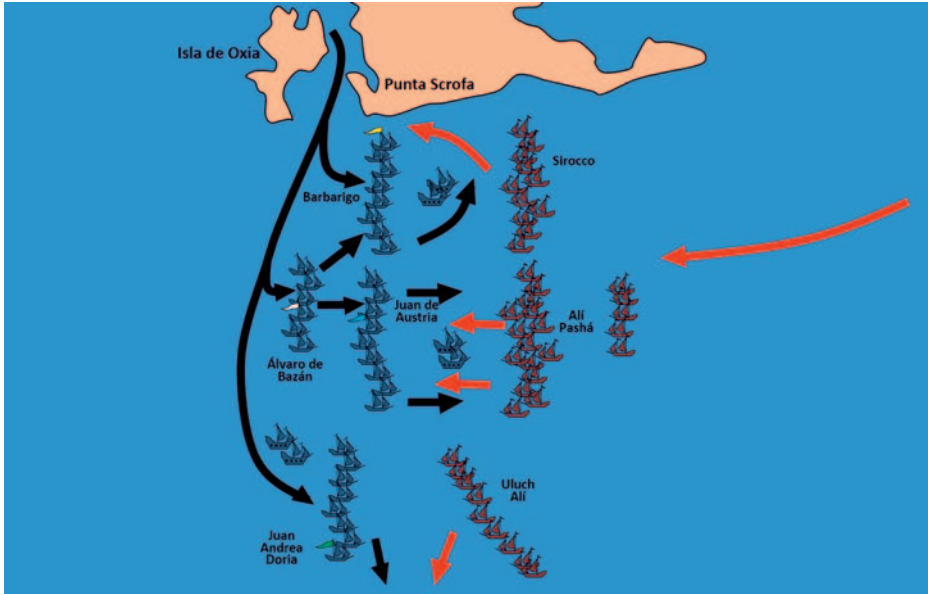
Álvaro de Bazán

El abrazo del general

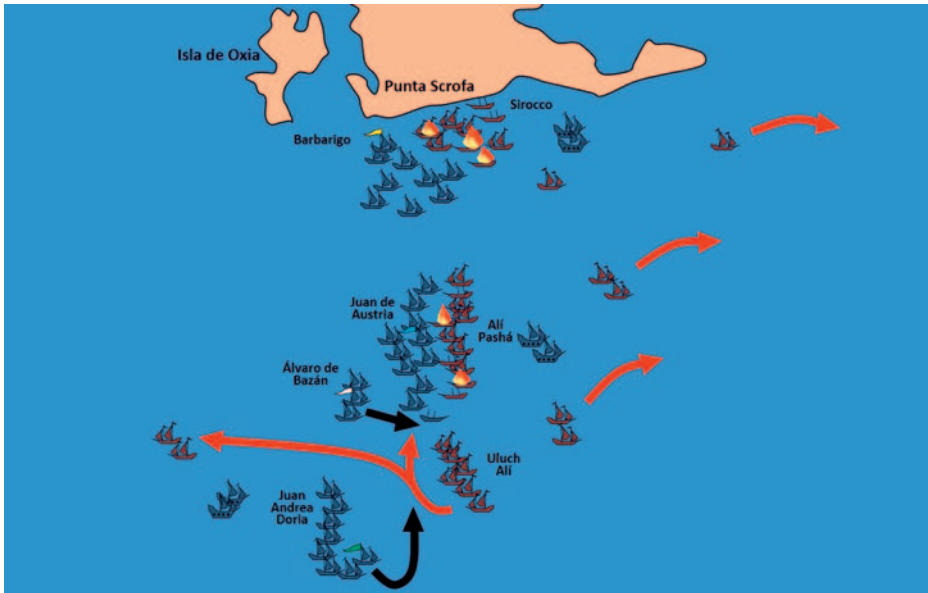


MANECE el día 7 de octubre. La interminable fila de galeras, galeotas y pequeñas fragatas y bergantines que forma la armada de la Santa Liga deja la isla de Oxia por estribor y, siguiendo los planes formulados días atrás, comienza a desplegar en la entrada del golfo de Patras. Al fondo, el viento de levante aligera los movimientos de la armada otomana, que surge desde el fondeadero de Lepanto y, con la facilidad que solo puede dar la práctica de mar, adopta su propia formación de combate.

Al mando de las armadas a punto de enfrentarse están dos generales valerosos, cuya innegable autoridad no está todavía avalada por la experiencia. Juan de Austria es hijo natural del emperador Carlos V. Educado para la religión, tiene vocación militar y talento natural, pero cuenta solo con 24 años y le queda mucho por aprender. Enfrente, Alí Pachá es yerno de Selim II y acaba de reemplazar al gran Pialí en el mando de la armada otomana. Sin embargo, ambos están rodeados de expertos marinos. Hijos de su tiempo, no les corresponde a ellos acertar en las decisiones tácticas, para las que cuentan con los mejores profesionales de la época. Su papel es a la vez más sencillo y más grande: imponer su voluntad sobre los 80.000 hombres que combaten por



Batalla de Lepanto (I). (Gráfico del autor)



Batalla de Lepanto (II). (Gráfico del autor)

cada lado, en representación de la de sus soberanos. Esa es su responsabilidad histórica, y los dos, vencedor y vencido, van a estar a la altura de lo que se espera de ellos.

La historia tiene sus razones, pero a veces las cosas son más simples de lo que parecen. Así ocurre en Lepanto. Más que las ambiciones de la Sublime Puerta, más que los sueños del papa, las necesidades estratégicas del rey de España o los miedos de la Señoría de Venecia, son las férreas voluntades de Juan de Austria y de Alí Pachá las que conducen inexorablemente a un enfrentamiento inusitado, lleno de contrastes que no siempre han sido apreciados por los historiadores. ¿Anticuada justa medieval en la que solo está en juego el honor, o moderna batalla decisiva en la que, como ocurriría en Jutlandia siglos después, lo que está en disputa no es otra cosa que el dominio del mar? ¿Última de las grandes batallas navales librada con tácticas y armas de infantería, o primera, adelantándose en muchas décadas a su propio tiempo, en la que el objetivo era puramente naval: la destrucción de la armada enemiga? (1).

Como ha ocurrido tantas veces en la historia de la humanidad, los dos generales llegan a la batalla mal informados. Ambos están convencidos de que van a combatir en superioridad porque, a partir de los fragmentarios datos que cada uno ha podido reunir, estiman las fuerzas del contrario en un tercio menos de lo que realmente son. Pero esta confusión no resta mérito a las decisiones de ambos líderes: cuando se dan cuenta de su error, cuando galera tras galera de uno y otro bando van haciéndose visibles en el campo de batalla, tanto el musulmán como el cristiano se mantienen firmes. Lo exige el honor.

El turco tiene buenos motivos para aceptar el desafío. Tiene a su favor el viento, que sopla de levante en esas tempranas horas del día. Pero también está su favor —o al menos eso cree Alí Pachá— el viento de la historia. El maridaje del Imperio otomano, que aporta como dote su poderosa energía expansiva, con las ciudades corsarias del norte de África, cuna de excelentes marinos, ha engendrado un formidable poder naval que, desde su victoria en Préveza sobre el mismísimo Andrea Doria, se ha mostrado superior al de todos sus rivales mediterráneos. Además, al contrario que su enemigo, Alí

(1) Es probable que ni Juan de Austria ni Alí Pachá fueran plenamente conscientes del carácter de la batalla que iban a librar. La mar era entonces más frontera natural que camino. Las escuadras eran herramientas para atravesar ese inmenso obstáculo, y tardaría todavía algunos siglos en discutirse la idea estratégica —que a la postre resultaría efímera— de la «batalla decisiva» para alcanzar el «dominio del mar». En el siglo xvi se llegaba al combate naval solo cuando era preciso para alcanzar objetivos en tierra o evitar que lo hiciera el enemigo. De ahí las críticas de algunos historiadores de la época que, perplejos, se preguntaban si había valido la pena tanto esfuerzo para no ganar un palmo de terreno. Sorprendentemente, aún hay quien piensa así.

Pachá tiene a sus órdenes una armada homogénea, que sirve a un único sultán, y también un objetivo claro y explícito. Chipre ya ha caído y Selim II le ha ordenado buscar y destruir la escuadra de la Santa Liga. Nada hace pensar al marino otomano que tanto el viento como la historia están a punto de cambiar de dirección.

El camino de Juan de Austria hasta Lepanto ha sido mucho más difícil, plagado de obstáculos políticos y logísticos que solo su inmensa energía ha sido capaz de superar. No teme los riesgos del combate, y ha tenido ya ocasiones para demostrarlo. Pero quizá tema defraudar a su rey, de quien sabe que no tiene toda su confianza. ¿Qué pasa por su cabeza al contar las velas del enemigo? ¿Recuerda entonces el joven príncipe las prudentes advertencias de su mentor, García de Toledo, un gran marino que le ha aconsejado que evite enfrentarse con los turcos en la mar si no cuenta con superioridad numérica? ¿Valora lo que podría ocurrir en la cristiandad si su heterogénea armada, a la que se ha esforzado por cohesionar mezclando en cada escuadra galeras españolas, venecianas y pontificias, no está a la altura de sus expectativas? ¿Siente Juan de Austria sobre sus hombros el peso de la historia?

No sabemos si en algún momento llega a flaquear el ánimo del príncipe. Pero sí tenemos constancia de lo que, en las horas previas a la más alta ocasión que vieron los siglos, sienten muchos de sus subordinados. Así nos lo cuenta Fernández Duro: «Todos los generales fueron en los esquifes a la *Real* a tentar la energía del caudillo con la expresión del semblante tanto como con las observaciones que a cada cual ocurrían. Los más oficiosos o apocados insinuaron la conveniencia de la retirada; los indecisos propusieron la reunión del Consejo...».

No es el valor lo que les falta a aquellos hombres. Pronto van a demostrarlo cumplidamente. Si acaso, les pesa lo mucho que está en juego. Los venecianos, aún llenos de ira por la tortura y muerte de Bragadino, el heroico defensor de Famagusta, saben que solo sus galeras se interponen entre los otomanos y la Serenísima República. Es su patria lo que hoy arriesgan. Los españoles son conscientes de los sacrificios que han sido necesarios para poner en orden de combate una armada de esas dimensiones. Saben que, si se perdiera, sería difícil repetir el esfuerzo y que sin esas galeras el Mediterráneo sería un lago otomano. Para el papa, la derrota significaría el fin de sus sueños de resucitar la cruzada y, posiblemente, la amenaza de la Media Luna sobre la propia Roma. Llega la hora de las vacilaciones y hasta los más fuertes parecen doblarse ante el peso de la enorme responsabilidad.

¿Todos? No. Como ocurre en la ficción con cierta aldea gala donde Obélix reparte menhires, pero sin necesidad de poción mágica alguna, hay una excepción: «Don Álvaro de Bazán, que acudió a la *Real* con unas ricas armas doradas, con muchas plumas en la cimera, galán y contento, a dar la enhorabuena a Su Alteza por haber comparecido el turco». Continúa Fernández Duro: «El

Príncipe le abrazó, agradeciéndole lo que había hecho» (2). El resto ya es historia. Sin duda reconfortado por la actitud de Álvaro de Bazán, el joven general responde a los que dudan: «Señores, ya no es hora de deliberación, sino de combate».

Tengo para mí que, de todas las hazañas de Álvaro de Bazán, es ese abrazo lo que mejor le define, el que le humaniza, el que le hace compañero y cómplice de su superior, el que le transmite su confianza y su apoyo, el que con gesto humilde muestra al joven príncipe que sigue el camino correcto. Y quizá sea ese abrazo el que, en un solo gesto, represente mejor los valores que la Armada ha grabado con letras de oro en el Patio de Aulas de la Escuela Naval, que no por casualidad lleva el nombre del insigne marino: honor, valor, disciplina y lealtad.

El héroe y el hombre

Vaya por delante que el abrazo del que estamos hablando, digno prólogo de la épica jornada de Lepanto, no es el de un cualquiera. Álvaro de Bazán hereda de su padre —a quien hoy conocemos como «el Viejo», sin saber muy bien si a él le gustaría que le recordáramos así— un difícil y exigente oficio, que tiene parte de marino, parte de guerrero y parte de armador. Un oficio por el que se obliga a combatir por su rey sobre la mar, pero también a preparar los buques de su mando y, en ocasiones, a construirlos a sus expensas.

Álvaro «el Mozo» ha tenido un gran maestro en su padre, pero es él quien lleva a lo más alto el nombre familiar. Con 28 años se convierte en general de una pequeña armada de naos, galeras y galeazas, que de todo hay hasta que, con el tiempo, concebido por el procedimiento de prueba y error, se impone el diseño del galeón como hoy lo conocemos, un buque que llegó a dominar los mares y cuya evolución debe mucho a la dinastía de los Bazán. Su oficio es también su negocio: muchas de las naves bajo su mando son de su propiedad. Con ellas se dedica con éxito a combatir el corso —sobre todo francés— desde el Cantábrico hasta las Canarias. Mientras él está al mando, ni una sola nao de la Carrera de Indias cae en poder de los corsarios. Al contrario, son estos los que pierden buque tras buque, muchos de los cuales van a engrosar la armada de Álvaro de Bazán.

Ocho años después, habiéndose labrado ya un nombre entre la gente de la mar, consigue el joven marino su segundo mando: una escuadra de ocho galeras financiada por el comercio de Sevilla para la guarda del Estrecho. Pero no

(2) FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo: *Armada española desde la unión de los reinos de Castilla y de Aragón*. El hecho lo relata también José CERVERA PERY, José: *Don Álvaro de Bazán. El gran marino de España*.



Estatua de Álvaro de Bazán en Viso del Marqués.
(Fotografía facilitada por el autor)

es su estilo limitarse a hacer lo preciso de su deber. Aunque no guste a los mercaderes sevillanos, sus galeras son necesarias también en otros lugares. El rey cuenta con ellas para acciones tan notables como el socorro a Orán, la conquista del peñón de Vélez y el cegamiento del río de Tetuán.

Los hechos meritorios se suceden, pero donde se multiplica el prestigio de Álvaro de Bazán es en el socorro a Malta. Mientras otros vacilan, el plan que él propone, simple y audaz —elegir las 60 mejores galeras para llevar a tierra el ejército que había de levantar el sitio, evitando el enfrentamiento con las galeras otomanas, muy superiores en número—, es el elegido por García de Toledo para dar apoyo a los pocos caballeros de la Orden que todavía se

defienden. A las dudas de otros grandes marinos, Álvaro de Bazán responde con una lección que dice haber aprendido de Horacio: «En las empresas, después que se han pesado bien las circunstancias, siempre hay que dejar algo a la fortuna». Lección, por cierto, muchas veces olvidada.

Los repetidos éxitos de Álvaro de Bazán relanzan su carrera. En 1568, al tiempo que Juan de Austria releva a un cansado García de Toledo como capitán general de la Mar, Felipe II nombra a Bazán capitán general de la Escuadra de Galeras de Nápoles. Es un ascenso importante que llega en tiempos difíciles. Por propia iniciativa, el nuevo general vuelve a la Península y apoya a las fuerzas de tierra en la guerra contra los moriscos sublevados en las Alpujarras. Es la primera ocasión en la que combate a las órdenes de Juan de Austria y ambos se muestran satisfechos. Encajan bien el experto marino y el bisoño príncipe.

De vuelta en Nápoles, Álvaro de Bazán aprovecha su experiencia como armador para rehabilitar su escuadra, poniéndola a la altura de lo que en Lepanto se va a exigir de ella. Son muchos los que piensan que las galeras

españolas —y en particular las de Nápoles— son las mejores de su tiempo. Pero es el combate el que al final justifica o no las expectativas, y nunca es posible estar seguro hasta que esto ocurre. No es momento de relajarse, y no lo hace Álvaro de Bazán.

En 1569 el rey, agradecido por sus servicios, le nombra marqués de Santa Cruz. Pero no cabe engañarse sobre la generosidad del monarca, no se trata solo de un reconocimiento desinteresado de los méritos de don Álvaro. Como los galones en la bocamanga de los marinos de hoy, en el siglo XVI los títulos de nobleza son imprescindibles para que se reconozca la autoridad de los más altos mandos militares. Con este nombramiento, ambos ganan. El nuevo marqués necesita el título para poder aspirar a cargos aún más importantes. Felipe II se lo concede para habilitar para mayores empresas a un general cuya valía ha conseguido llamar su atención.

No defrauda Álvaro de Bazán la confianza de su rey. Pocos días antes de la batalla de Lepanto, el general veneciano Veniero reprime con dureza un altercado en una de sus galeras y manda ahorcar al capitán de las tropas que lleva a bordo, un toscano al servicio de Felipe II. No tiene derecho a ordenar un castigo así y Juan de Austria no puede tolerarlo. La alianza entra en crisis. Reunido el consejo, Requesens, Doria y Cardona recomiendan al príncipe abandonar a los venecianos a su suerte, lo que supondría el fin de la Santa Liga. Es entonces —porque también hay momentos difíciles en las mesas de los consejos— cuando Álvaro de Bazán vuelve a marcar la diferencia. Respetuoso y sereno, se atreve a discrepar de quienes han hablado antes que él. Con sensatas razones, recomienda aplazar el castigo a Veniero y continuar la jornada. Juan de Austria, que comprende lo mucho que está en juego, le apoya y escoge para cerrar la reunión las palabras que hoy, 450 años después, dan título a este artículo: «Adelante. Sigamos el parecer del señor marqués».

No es pues un cortesano cualquiera, sino un marino de impecable trayectoria y ennoblecido por su rey quien, después de darle consejo, respalda con su abrazo la decisión de Juan de Austria. Con este gesto, el marqués sin duda contribuye a apuntalar lo que hoy llamaríamos «centro de gravedad» de la armada cristiana: la voluntad de su capitán general.

Tiene sus horas la hazaña...

Reiteradas veces se ha publicado en la REVISTA GENERAL DE MARINA el relato de la batalla de Lepanto tal como nos lo han contado testigos presenciales. La mayoría de los lectores saben que Álvaro de Bazán recibe de Juan de Austria el mando de la escuadra de socorro —algo que hoy llamaríamos la «reserva táctica»— constituida por 30 galeras, muchas de ellas de Nápoles, preparadas por él. Sus órdenes son fiel reflejo de la confianza del príncipe: «... las resoluciones que habrá de tomar, habrán de ser según las ocasiones y

necesidades remitiéndose a la prudencia y valor del dicho Marqués, solamente se le encarga que haga lo que yo confío que por sus muchas buenas partes he hecho elección de su persona...».

Con estas órdenes, que si hubieran de transmitirse por banderas de señales quizá pudieran quedar resumidas en un escueto «España espera que don Álvaro cumpla con su deber», Juan de Austria, como haría Nelson siglos después, da la medida de su liderazgo. Teniendo en sus manos dos tareas incompatibles —la de ponerse a la cabeza de sus hombres para darles estímulo y la de retener el control de la batalla—, elige sin dudar la primera, que cree decisiva para la moral de unos combatientes que han aprendido a temer al turco, quizá en demasía. Con el rostro descubierto para asegurarse ser reconocido, ensaya unos pasos de baile mientras las armadas se dirigen la una contra la otra. Espera así demostrar que él no tiene miedo. Y en verdad no lo tiene. Desde la *Real*, inconfundible por su cuidada decoración y por el estandarte que lleva, Juan de Austria busca y encuentra la galera de Alí Pachá. Tras la embestida, ambas se convierten en el campo de batalla donde se decidirá el enfrentamiento.

Mientras Juan de Austria inspira a las tropas con su ejemplo, tiene que ser Álvaro de Bazán quien toma las decisiones tácticas adecuadas para responder a las maniobras de los otomanos. Las galeras, como es sabido, combaten de proa, donde tienen la artillería. Sus costados son frágiles y vulnerables a la embestida. Las españolas, más sólidas y mejor armadas, son superiores a las turcas en el combate frontal, pero menos ágiles que sus enemigas. Cabe esperar por ello que los otomanos intenten envolver por las alas la larga línea de frente que forman las galeras cristianas.

El ala derecha turca intenta deslizarse entre la costa y el ala izquierda cristiana. El espacio es pequeño. Se amontonan las embarcaciones y se crea una oportunidad que no deja de apreciar el genio táctico de Álvaro de Bazán. Sin dudar, el marqués envía 10 de sus galeras en apoyo de Barbarigo, consiguiendo arrinconar las naves turcas contra la costa. Marineros y soldados enemigos, viéndose perdidos, saltan de sus galeras y huyen por tierra. Así empieza a gestarse la victoria que el bravo general veneciano paga con su vida.

En el centro, como suele ocurrir, la batalla pronto deja de tener sentido táctico. El cuerpo a cuerpo nunca da la medida de la capacidad de maniobra de los generales, sino de su voluntad de vencer y de la resolución de sus tropas. En esta alta ocasión, todos dan la talla, cristianos y musulmanes. Como nadie flaquea, los refuerzos se hacen imprescindibles. Y allí está Álvaro de Bazán que, como los grandes futbolistas, tiene la rara virtud de combatir con la cabeza levantada, mirando alrededor. De él escribe Fernández Duro: «Arrancando contra una galera de jenizaros que se aproximaba a la popa de la *Real*, la destrozó con un disparo de los cañones gruesos a boca de jarro, y aferró la inmediata pasando a la gente a cuchillo. Sin detenerse envió entonces



Jornada de Navarino. Palacio de Viso del Marqués.
(Fotografía facilitada por el Instituto de Historia y Cultura Naval)

200 hombres de refresco a su general, y se desvió para acudir a donde hiciera falta. No se necesitaba más en aquella crisis». Se repite así, de otra manera y en pleno combate, el abrazo que el marino y el príncipe se habían dado unas horas antes. Otra vez brillan en el marqués los valores a los que ya hemos aludido: honor, valor, disciplina y lealtad. Otra vez su decisión marca la diferencia: muerto Alí Pachá y arriado el estandarte turco de la *Sultana*, el centro otomano cede.

En el ala derecha de la formación cristiana, Uluj Alí, quizá el mejor marino de la armada otomana, burla al genovés Juan Andrea Doria, seguramente el menos comprometido de los generales de la Santa Liga. El bravo corsario encuentra el hueco que necesita para el ataque de flanco al centro cristiano. Sus galeras hacen daño a las de Malta y a las de Juan de Cardona, que trata de cerrar la brecha. Peligra la victoria, pero don Álvaro no se hace esperar. Mientras otros dudan, él siente ese «deseo de ser empleado en las ocasiones de mayor riesgo y fatiga» que hoy forma parte explícita de nuestro código de conducta, recogido en el artículo 19 de las Reales Ordenanzas. La rápida llegada de su escuadra obliga a Uluj Alí a cortar las amarras de las galeras cristianas que acaba de capturar y darse a la fuga, perseguido por el incansable marqués, que se resiste a poner fin a la batalla.

... Y sus horas la obediencia

La victoria de 1571 no pone fin a la guerra. Los otomanos reconstruyen las galeras perdidas y reemplazan a sus marinos. Selim II asegura que Juan de Austria solo ha conseguido chamuscar su barba, pero se equivoca: no es tan fácil recuperar la confianza que hacía tan temibles a sus escuadras, ni tan sencillo recrear el miedo que antes inspiraban. La guerra se atasca. En la campaña del año siguiente, es el marqués, ¿quién si no?, el que consigue, en duelo individual de su galera contra la de un nieto de Barbarroja, la única victoria cristiana frente a Navarino. Sin embargo, esta vez hay algo diferente: son los turcos quienes no se atreven a presentar batalla.

Rota la Santa Liga cuando Venecia firma la paz por separado en 1573, España vuelve su vista al norte de África. El rey elige Túnez como objetivo. El marqués prefiere Argel y, seguramente, tiene razón... pero obedece y hace cuanto está en su mano por alcanzar un éxito que acabaría siendo efímero. Con todo, los combates ya no tienen la importancia estratégica de los de años anteriores. La situación en el Mediterráneo ha cambiado de forma decisiva, y la amenaza otomana nunca volvería a ser lo que había sido antes de su derrota en Lepanto.

En cambio, otros escenarios van haciéndose más y más importantes. En 1578 muere el rey Sebastián I de Portugal en la desafortunada batalla de Alcazarquivir. Se abre entonces una crisis sucesoria en la que el marqués de Santa Cruz, que desde 1576 es capitán general de las Galeras de España, juega de nuevo un papel decisivo, que comienza cuando refuerza Ceuta y Tánger para impedir que se pierdan a consecuencia de la derrota portuguesa.

En 1580, las tropas españolas tienen que ocupar Lisboa para hacer valer los derechos sucesorios de Felipe II, que es nieto de Manuel I de Portugal. Los disputa el prior de Crato, que también lo es, aunque por línea ilegítima. Pero Crato es portugués, y por eso le respalda parte de su pueblo. En la campaña, terrestre y naval, el marqués de Santa Cruz está a las órdenes del duque de Alba. Son dos personalidades fuertes y hay desacuerdos y diferencias de perspectiva entre el marino y el soldado. Pero don Álvaro, como ha hecho siempre, obedece lealmente al duque y pone todo de su parte para que la jornada termine como todos esperan, con la coronación del monarca español como Felipe I de Portugal.

Dos años después, la resistencia de los partidarios de Crato se ha visto reducida a las islas Azores. Allí, protegidos por el Atlántico, encuentran el soterrado apoyo de ingleses y, sobre todo, de importantes contingentes navales y terrestres al servicio de Francia. Para la Monarquía Hispánica, es imprescindible eliminar toda presencia hostil en una zona que sirve de recalada a las flotas de Indias. Álvaro de Bazán recibe el mando de las fuerzas de mar y tierra que tienen por misión reintegrar las islas a la soberanía de Felipe II. Es la primera gran campaña que el marqués emprende como capitán general y,

como hacen los mejores, consigue que todas las acciones lleven su sello. Así ocurre en la batalla de la isla de San Miguel en 1582. El verano es corto en el océano Atlántico y don Álvaro no quiere esperar a los buques que vienen de Cádiz a las órdenes de Recalde, retrasados por el mal tiempo. Al mando de una armada de 25 galeones y naos, el marqués se enfrenta a la escuadra francesa de Felipe Strozzi —que le dobla en el número de navíos— y la derrota infligiéndole graves pérdidas. La victoria de Álvaro de Bazán demuestra que la decisiva ventaja que da la calidad de los tercios embarcados españoles no se aplica solo a las galeras mediterráneas. Otras naciones aprenderían la lección y pronto desarrollarán nuevas tácticas para compensar su desventaja. Pero esa es otra historia. De momento, la batalla de la isla de San Miguel deja abierta la puerta a la conquista de las Azores, conseguida en 1583 tras un desembarco anfibio en la isla Tercera, que también lleva su sello. El marino español sabe encontrar, una vez más, respuestas nuevas a los desafíos propios de las operaciones. El propio marqués, que entiende como nadie el valor del ejemplo, salta a tierra con sus tropas para darles ánimo.

Nombrado capitán general del Mar Océano y de la gente de guerra del Reino de Portugal, y adornado su marquesado con la grandeza de España, don Álvaro sugiere al rey que ha llegado el momento de castigar a Inglaterra por sus desmanes. Cree que puede contar en breve tiempo con todos los medios necesarios para cruzar el canal y poner a su ejército en tierra enemiga. Prudente, el rey da largas, y el marqués, después de exponer su parecer como siempre lo hace, con tanta libertad como respeto, acata con lealtad una decisión que sin duda le duele. Años después escribiría Calderón que «la más principal hazaña es obedecer». Sin duda lo es ya para Álvaro de Bazán.

Pronto llegan las prisas del monarca, la imposición de planes mal concebidos para la jornada de Inglaterra, las órdenes a veces contradictorias que el marqués se desvive por cumplir, las reconvenciones, el relevo y, al final, la muerte del héroe en Lisboa, quizá perdido el favor de su rey. Pocos meses después, el fracaso de la Grande y Felicísima Armada, que nunca logró enlazar en Flandes con los tercios de Alejandro Farnesio, da la razón a quien siempre la tuvo. Mejor habría hecho Felipe II en seguir, como en Lepanto hizo su hermano, «el parecer del señor marqués».

Los bolos de Drake

Son muchos los artículos sobre el marqués de Santa Cruz que se han publicado en esta REVISTA, casi tantos como los escritos sobre la batalla de Lepanto. Sin embargo, no parecen haber sido suficientes.

Eugenio de Nora, un poeta leonés a quien inspiraban los temas históricos, escribió hace unas pocas décadas unos versos no muy conocidos que quizá deberían hacernos reflexionar: «Yo no canto la historia que bosteza en los



Galeón *San Martín*, por Guillermo de Aledo.
(Fotografía facilitada por el Instituto de Historia y Cultura Naval)

libros, ni la gloria que arrastran las sombras de la muerte». Si a él, todo un soñador de profesión, solo le interesaba la historia viva, la que todavía da frutos en el presente, ¿por qué habríamos nosotros de ser diferentes? Se nos plantea pues un debate que no conviene dejar de lado. ¿Bosteza en los libros Álvaro de Bazán? ¿Son las sombras de la muerte las que arrastran su gloria? Aunque siempre es posible matizar la respuesta, yo diría que, desgraciadamente, así es. Elogiado en su tiempo por las plumas más ilustres de la época (3), parece que hoy solo los marinos —y ni siquiera todos— se unen a los escasos ciudadanos del Viso del Marqués en el recuerdo de su existencia.

Quizá don Álvaro bosteza porque, al contrario de lo que les ocurre a héroes como el Cid o al Gran Capitán, no hemos sabido humanizar sus rasgos. De Gonzalo Fernández de Córdoba, además de sus victorias, recordamos sus

(3) Cervantes le llama «rayo de la guerra» y «padre de los soldados». Lope de Vega le dedica numerosos poemas, entre los que destaca el que preside el Patio de Aulas de nuestra Escuela Naval, del que, por ser conocido por todos, solo repito el verso que figura en el escudo de la fragata que hoy lleva el nombre del insigne marino: «Rey servido y Patria honrada».. Góngora dice de sus hazañas que son «alma del tiempo, espada del olvido». Como siempre ocurre con Góngora, es difícil saber lo que el poeta quiere decir con sus versos, pero ¿a quién no le gustaría verse recordado así?



Socorro de Ceuta y Tánger. Palacio de Viso del Marqués.
(Fotografía facilitada por el Instituto de Historia y Cultura Naval)

ajustadas cuentas. Del Cid hemos olvidado la mayoría de sus hazañas, pero los versos de Manuel Machado todavía son capaces de hacernos sentir «el ciego sol, la sed y la fatiga de esa terrible estepa castellana», por la que el Campeador, vencido por el llanto de una niña, cabalga entre «polvo, sudor y hierro». También Rubén Darío nos sabe emocionar con esa «desnuda limosna de su mano», ofrecida por el Cid a un leproso «que llora y que comprende». Es posible que, a pesar de los esfuerzos de historiadores y novelistas, le haya faltado empatía y calor humano a la imagen que hemos creado del invicto marino (4).

A Drake, audaz corsario y mediocre general, se le recuerda sobre todo por una leyenda que, además, es poco verosímil. Dicen sus biógrafos que estaba jugando a los bolos cuando recibió la noticia del avistamiento de la Gran Armada y que, a pesar de la urgencia, decidió terminar la partida porque «ya habría tiempo después para enfrentarse a los españoles».

Quizá sea el cariño de padre —no del marino, claro, pero sí de la fragata que lleva su nombre, de la que fui comandante de quilla— el que me hace creer que la imagen de don Álvaro, «galán y contento», dando «la enhorabue-

(4) Quizá las cosas estén cambiando. Además de las obras citadas en notas anteriores, no puedo dejar de recomendar al lector la completa biografía recientemente publicada por Agustín Rodríguez González, así como la novela histórica sobre el marino escrita por Luis Mollá.

na» a Juan de Austria porque «habían comparecido» más de 200 galeras turcas en orden de combate, es bastante más épica, bastante más noble y bastante más emocionante que la de Drake jugando a los bolos. Y encima es verdad. ¿No habrá un artista que la pinte y un poeta que la cante? ¿No seremos nosotros, los marinos de hoy, capaces de hacerla valer?

450 años después...

Todo lo que ha quedado apuntado en este artículo y en muchos otros parecidos deja sin responder una última pregunta, quizá la más difícil: ¿por qué es importante para la Armada de hoy recuperar una figura como la del marqués de Santa Cruz? ¿Qué supone Álvaro de Bazán para el marino del siglo XXI? ¿Es posible en la era digital identificarse con él y con sus valores?

No son frecuentes las horas de la hazaña en la época que nos ha tocado vivir. Las destructivas guerras mundiales del siglo pasado, el arma nuclear, el enorme desarrollo de los medios de comunicación y el reforzado poder de la opinión pública han cambiado las estrategias militares, en las que hoy prima la disuasión. El combate, el terreno donde más destacó Álvaro de Bazán, no es ya la culminación de una política, sino la constatación de su fracaso.

En estas condiciones, que hay que valorar como afortunadas, la mayoría de los marinos hemos tenido que conformarnos con vivir las otras horas, las de la obediencia. Pero eso no significa que la profesión se haya vuelto cómoda, al contrario. La defensa de la relativa paz que disfrutamos tiene a muchas unidades de la Armada muy activas en algunas de las zonas más calientes del planeta. Es probable que la mayoría de las acciones en las que participamos no se escriban con letras de oro en la historia militar universal, pero lo cierto es que un número creciente de marinos ha ido teniendo la oportunidad de ver las orejas al lobo. Un lobo pequeño, quizá; pero en la esfera individual, seguro que no es tan diferente el saberse apuntado por un arcabuz, un fusil de asalto o un misil tierra-buque.

No son solo las operaciones. La mar sigue siendo la mar. En la carrera del marino de hoy, hay también margen para la ocasional hazaña en la respuesta a las emergencias médicas o de seguridad, o en la reacción a los incidentes de la navegación o el vuelo. Y, aunque en absoluto puedan compararse con las gestas protagonizadas por Álvaro de Bazán, también las exigencias de la preparación de la fuerza —porque sea el combate un fracaso o no, si se llega a él es mejor ganarlo— obligan a asumir ciertos riesgos, que van desde la serena evaluación de los límites meteorológicos a la determinación del grado de realismo que queremos aceptar en la simulación de situaciones que en vuelo, en la mar o en las prácticas de fuego real son inherentemente peligrosas.

Es probable, por ello, que a lo largo de la carrera militar —llegado a este punto me excluyo porque mi tiempo ya ha pasado— muchos de los lectores

de este artículo os veáis obligados a tomar decisiones difíciles. Y en momentos de duda —como sabe quien los ha vivido y como mejor que nadie sabía Álvaro de Bazán— es reconfortante dejarse abrazar por personas de autoridad «y de gloria», si no por el propio marqués, sí por su recuerdo, que todavía nos ofrece el doble servicio que prestan los héroes a los pueblos que no olvidan su historia: estímulo y consejo. Está en nuestra mano aceptar el estímulo que Álvaro de Bazán nos dio con su ejemplo, esa verdadera «poción mágica» capaz —como él mismo escribió para justificar su deseo de darle a una galera el nombre de Carlos V— de «levantar nuestro ánimo y forzarnos a grandes cosas». Está también en nuestra mano aceptar que nos ilumine con su consejo. Después de todo, no es difícil imaginar lo que él diría si, una vez más, fuera llamado a dar su parecer: «En las empresas, después de que se han pesado bien las circunstancias, siempre hay que dejar algo a la fortuna».

Si los héroes están para inspirarnos, para enseñarnos el camino, no está de más que, tanto en las raras horas de la hazaña como en las más frecuentes de la obediencia, los marinos de hoy tratemos de estar a la altura del mismísimo Juan de Austria, diciéndonos a nosotros mismos: «Adelante. Sigamos el parecer del señor marqués».





Episodio del combate naval de Lepanto, por Antonio de Brugada Vila.
Óleo sobre lienzo. Museo Nacional del Prado. (Foto: www.wikipedia.org)